

secreto? Pues mira: el hombre villano que un día me inspiró cariño, y hoy una tan grande aversión que no hay palabras con que yo pueda expresarla, ese hombre, ese miserable, ese vil, me fué simpático, primero, por las cualidades que creí ver en él; segundo, por la sola razón de ser amigo tuyo. Parecíame á mí que el ser amigo del hombre amado por mi hermana era ya un gran mérito... Había pocos, muy pocos que ostentaran un título tan hermoso. Pues por eso le quise, ya ves; por eso exclusivamente no; quiero decir que influyó mucho el ser él tu amigo. Sin que me lo cuente nadie, sé que te ha causado indignación la vil conducta de ese hombre; pensarás que no sólo á mí me ha ofendido, sino también á ti; le habrás arrojado de tu corazón para siempre, cerrándole la puerta, por si quiere, como los ladrones, meterse otra vez dentro. Creerás, como yo, que es mentira todo lo que de él se decía, que ni es valiente en la guerra ni caballero en la sociedad, que no hay en su alma ni chispa de honradez, ni asomos de virtud en nada de lo que hace. En fin, si por acaso le ves, y te dignas descender á cruzar con él una palabra, le dirás que el mundo no tiene bastante anhuera para contener el desprecio que siento hacia él. Así mismo se lo dirás.

XIV

(Continúa la carta de Gracia.)

Ya he llenado otro pliego, y todavía no hemos entrado en materia. Vamos allá. Dice la mujer feliz que ya puedes venir cuando quieras, que cuanto más pronto mejor. Para vosotros es el mundo... ¡ay qué pena!... Adelante: no se te pase por las mientes, hijo, venir á La Guardia, porque aquí estará Doña Juana Teresa todo el mes de Abril, y tu presencia en el pueblo traería no pocos disgustos. Te vienes para acá muy calladito sin decir nada á nadie, y sigues por el Ebro adelante hasta Briones; por allí hay un vado: lo pasas... No, no; cuidadito, que en estos meses suelen empezar las crecidas... Por Dios, no te metas á caballo en el Ebro. Sigues hasta Haro, y de allí te vienes á La Bastida, dos leguas de camino. Avisas á mi hermana desde Zaragoza ó desde Logroño, dirigiendo la carta, como todas, á Nicanor, y fijas el día probable de tu llegada á La Bastida, donde encontrarás á todos los Maltranas, que te aguardan con una docena de brazos abiertos. Valvanera te dará las instrucciones para el res-

to del programa... Creo ¡ay de mí! que el pensamiento de mi hermana es celebrar el casamiento por sorpresa, pero sin que falte ningún requisito. Me consta que ya tiene conquistado al cura de Samaniego, el cual (esto me irrita, me subleva) es tío carnal de... ese monstruo de cuyo nombre no quiero acordarme. Bueno: lo del bodorrio de sorpresa y al modo teatral es barrunto mío, pues nada me ha dicho tu adorada... Siento una congoja inmensa, como si el firmamento todo se desplomara sobre mi alma... En fin, recibidas en La Bastida las últimas órdenes, montas en tu *Rocinante* y picas espuelas por el camino de Samaniego, y antes de llegar al fin de la jornada verás dos quitasoles encarnados; más de cerca verás dos mozas: la una bien proporcionada de carnes, talle y miembros; la otra flaca como un junco. Son tu Dulcinea y su hermana la Micomicona, que ha venido muy á menos y se pasa la vida llorando. En fin, lo demás se verá. ¿Te has enterado bien?...

Preséntase de improviso mi señora hermana, la reina de esta casa, y después de reñirme por escribir tan largo, hase dignado leer la epístola, y se ha dignado reirse, señal evidente de que no le ha parecido mal. De ello me congratulo. Ruégole yo que añada algunas palabras, como fe

de vida, á las por mí trazadas, con lo que tendréis mejor testimonio de su aprobación. Responde á mi súplica que no puede hacerlo en este instante, porque la etiqueta exige de ella que sin perder tiempo prepare unos bizcochitos borrachos que apetecen las señoras de Alava, y otras no menos golosas que con ellas han venido. Yo digo que ojalá se les vuelvan veneno los tales bizcochos, y Demetria me contesta que no sea mala. Nos ponemos á disputar; yo, que estoy ahora muy impertinente y muy mimosa, he dicho: «Ya lo veo... no quieres poner el parrafito, porque la carta no te gusta.» «Que sí me gusta, mujer—responde ella:—está lindísima.» «Mira que si no te gusta la rompo...» «Que me gusta...» «Que la rompo...» Y para salvar la carta y darla por buena la besó con un cariño, ¡ay! con una emoción que no puedo expresar... Luego se fué, diciendo que volvería en cuanto embriagara los bizcochos.

¡Ay, qué cosa! El beso que dió mi hermana en estos pliegos, ¿sabes dónde ha caído? Pues en el mismo renglón en que pongo lo de los besos que daba yo al borriquito... más arriba, en el tercer pliego. Para tu gobierno, marco con una crucecita el punto en que puso tu novia sus divinos labios. Fijate, hombre, fijate en la crucecita. Cuando nos veamos has de decirme si te fijaste,

Mi hermana no se zafa de la visita tan pronto como quisiera, y allá la tienen bien cogida las señoras borrachas, digo, las golosas de bizcochos de Baco. Me aburro de esperarla, y mato el fastidio escribiendo: por variar, te digo que no hay tristeza que á la mía pueda compararse, que de tanto sufrir me ha venido una enfermedad que dará conmigo en el sepulcro.

Juraría yo que tengo calentura y que el pecho se me quiere romper. Necesito luchar como una fiera conmigo misma para no echarme á llorar. ¡Cuánto daría yo por perder la memoria y porque muchas cosas que me fueron gratas no volvieran á pasarme por las mientes! No sé por qué se habla tan mal del olvido, cuando, si bien se mira, es una de las pocas cosas buenas que nos ha dado Dios. Lo triste es que no olvida una cuando quiere, sino cuando al señor olvido le da la gana... Y también digo que los hombres son muy malos, lo peor de cada casa, y que nada se perdería con que no hubiera hombres. Es lástima que los niños crezcan, lástima que no se queden siempre niños... Que crecieran sólo las niñas sería lo bueno... Después que tú te cases, yo, si fuera Dios, mandaría que no hubiera más casamientos, y aboliría los hombres, ¿qué te parece?... Pero ahora caigo en que no puede ser: los hombres son nece-

sarios, porque ellos son el mal, y si no existiera el mal no habría libre albedrío, y sin libre albedrío no tendríamos virtud. Si el hombre nos faltara, no podríamos purificarnos abominando del amor, apeteciendo la soledad y la penitencia; creo yo que si el hombre no existiera amaríamos menos á Dios... Ya ves, ya ves, chico, qué sabia me estoy volviendo. Me admiro á mí misma, y á veces, de tanto como sé, me dan ganas de darme coscorrónes en el cráneo, y de arrancarme un par de mechoncitos...

Veo que te aburro, y para que se te alegren los espíritus hablaréte otra vez de mi hermana y tu novia, de esa reina, de esa diosa que te ha caído en suerte, como á mí me cayó el último diablo de los infiernos. La sin par Demetria, la misma sabiduría, es á veces más boba que yo, y con esto se dice todo. Tanto hablar de su gran carácter, de su entereza, y en ocasiones es la misma timidez. Ahora me estoy riendo de una cosa: ya había recibido la reina seis ó siete cartas de su rey, escritas con la mayor confianza, y no se determinaba á tutearle... Y eso que el tutear por escrito no da tanta vergüenza como el tutear *de boquis*. Tú no te parabas en barras, y en tus cartas apasionadísimas le dabas el tratamiento usual entre los que han de terminado ser marido y mujer. Pero ella, la

muy tonta, siempre con el *usted* y el *Don Fernando*. «Pero, mujer—le dije yo,—¿no ves que él te tutea? Le ofendes con esa etiqueta ridícula.» Al fin la convencí; pero créeme, le costó algún trabajo entrar por el aro de la familiaridad. Es ella tan mirada, tan celosa del decoro, que no sabe ir sin rodeos desde los cumplidos á la confianza. Yo no soy así: el día mismo que Santiago me hizo su declaración... y bien sabe Dios que esto lo recuerdo con ira y vergüenza... pues el mismo día le traté de tú, soltándole mil injurias y perrerías muy gordas, porque en serio no me atrevía... Pues ya verás cómo, á pesar de haberos escrito tantas ternezas, el día en que te presentes á ella se ha de poner muy colorada... y las primeras palabras que pronuncie ante tí las dirá temblando y equivocándose, como el que habla un idioma mal aprendido. Pero tú no hagas caso, y en cuanto la veas le abres los brazos y le das un buen estrujón, que eso, por más que ella se ponga melindrosa, ha de gustarle... digo, me parece á mí.

Llega en este momento la Majestad de Doña Demetria I, harta de visitas y de amigas. ¡Gracias á Dios que se han largado! Lo primero que hace la señora reina es leer lo que acabo de escribir, y alarga los hociquitos; después se sonríe, duda, me riñe, y se le van bajando los

morros. Yo le digo que si me tacha lo del abrazo, rompo toda la carta. Ella dice que no, que todo lo aprueba, y que para que conste escribe de su puño y letra un parrafito. Pongo en sus Reales manos la pluma, que nosotros *los poetas* llamamos *pénola*.

(*Escribe la hermana mayor.*—Pronto, prontito, Fernando. Si tu madre está bien de salud, no tardes. Por Valvanera sabrás lo que tienes que hacer al llegar á La Bastida. Ha escrito mi hermana no pocas tonterías graciosas: hay que dejarla, y si su espíritu quiere retozar, que retoce. Gracia es tu hermana: te quiere porque me quieres. Hagamos nuestra su pena, y juntemosla con nuestra felicidad, á ver si de este modo podemos endulzarla... Doy mi suprema sanción á cuanto ha escrito en esta linda carta, y para que conste, estampo aquí mi Real sello ✠. Tendréislo entendido, etc... Yo no puedo entretenerme más. Las visitas me han revuelto toda la casa y me han trastornado el día. Encargo á nuestra secretaria que agregue algunas advertencias que se le habían olvidado... Te espero. Tiempo hace que cuento los días; desde hoy contará las horas tu—*Demetria.*)


Vuelve á mis flacas manos la pluma. Mientras Su Majestad acude á remediar la revolución que esas entrometidas señoras han hecho

en nuestra casa, te escribo lo que ella me encarga, es á saber: que en tu viaje no pases por Cintruénigo, ó lo hagas de noche y bien disfrazado... Mejor será que te tomes la vuelta de Estella y recales por Campezu. En fin, tú sabes el mejor camino. Dice también que no dejes de traer á Sabas, que nos inspira absoluta confianza. Para que tengas una idea del giro que va tomando nuestra *guerra civil*, te informo de que el tío Navarridas no necesita más que un empujoncito muy flojo para caerse de nuestro lado. En cambio, la tía se cae con todo su peso de la otra parte, y ahora todo su afán es casarme á mí. ¿Sabes que se me ocurre pronunciar un *sí* como una casa? ¡Quién me verá á mí de tacaña...! Pero no; yo no estoy más que para morirme. Quiera Dios darme el descanso que deseo, y á vosotros la felicidad que merecéis.

¿No te fijaste, tonto, en que tu novia puso también el sello en lo que escribí? Ella fué la que pintó la crucecita, después de besar el papel. Luego me dijo ¡valiente pícara! que el beso era para mí. Naturalmente, para tí no había de ser... ¿qué creías? Pero, en fin, fijate, hombre.

Y concluyo, que estoy cansada. Tengo fiebre. ¿Se me queda algo por decir? ¡Ah! sí, que Doña Juana Teresa se pasa la vida empollando plei-

tos para fastidiarte, ya que no ha podido conseguir que mi hermana te aborrezca. Ahora la emprenderá con tu madre, por los derechos á no sé qué castillo viejo de Aragón. Eso te lo contarán los simpáticos procuradores y escribanos. Dice Demetria que no hagas caso, ni te afanes por estas venganzas miserables. Pero te aconseja que tomes tus medidas antes que cambie la veleta política, porque si, como dicen, echan á tu amigo Espartero y vuelve la *moderación*, no será extraño que te den un disgusto, que te persigan, que te destierren, ó quizás algo de mayor cuidado. Me encarga la excelsa soberana que te fijes mucho en esto.

Y ahora ¿se me olvidará algo? Creo que no. Lo único que se me había quedado en el tintero es que me mata el dolor, y que no hay consuelo para mí. Aunque lo hubiera yo no le querría, no; y así cuando os caséis y seáis felices, haced el favor de no consolarme á mí, y de no decirme nada que sea consolación. Ven pronto. Por cuenta de tu novia, y sin que ella lo sepa, ¡buena se pondría! aquí te pongo la tercera cruz . No has de decirle nada de esto... Adiós: no tardes. Compadece á tu moribunda hermanita—*Gracia*.

XV

De D. Fernando á Pilar de Loaysa.

La Bastida, Mayo.

Mi querida madre: Si han llegado á manos de usted mis cartas de Zaragoza, de Tafalla y de Campezu, lo que es muy dudoso por el desorden de estos correos malditos, sabrá que han dilatado mi viaje los cielos y la tierra, pues entre temporales de granizo y agua, y el deterioro de los caminos de herradura que hemos tenido que recorrer, todo ha sido adversidades y entorpecimientos. Pero al fin aquí estoy, aunque parezca mentira, sano, bueno y alegre, sin otra pena que la de contar las muchas leguas que ha puesto mi destino entre usted y yo.

A todos los de esta casa y familia encuentro en buen estado de salud, y hasta el mismo Don Beltrán, con el regocijo de verme, parece que se ha remozado. No sé el tiempo que duró esta mañana la zurribanda de abrazos con que me recibieron. Este me soltaba y el otro me cogía, y concluída la rueda, empezaba otra vez. Tan

estrujado me ví, que hube de pedirles que tuvieran piedad de mi pobre cuerpo molido; pero me dijeron que la mayor parte de los abrazos se daban á mi persona en representación de la de usted, y al oírlo repetí la ronda hasta que no me quedó hueso sano. He comido como un bruto, pues hambre atrasada traía... Sabas también ha llegado bien: su compañía me ha sido de gran utilidad.

Lo primero que me ha dicho Valvanera es que cree injustificadas las precauciones de mi viaje y el largo rodeo que me señalaron las niñas de Castro. Asegura Juan Antonio que no tengo por qué ocultar mi presencia en estas tierras, ni hacer misterio de que voy á casarme, toda vez que la voluntad de la que será mi mujer se ha manifestado tan categóricamente. Las pobrecillas temieron sin duda que el despecho de D. Rodrigo y la venenosa inquina de Doña Urraca me ocasionaran alguna desazón en el camino. Ello no es más que la expresión de la timidez, de la inquietud de ambas señoritas y del cariño que me profesan. Las instrucciones llegaron hace días; pero ayer han sido anuladas en esquila traída por un propio, anunciando que hoy vendrían las definitivas órdenes á que debo ajustar mi conducta. Quien manda, manda. Me someto á la que hoy tiene

toda la autoridad, bien ganada con su resistencia heroica y la sublime constancia de sus afectos. Hablando de esta mujer incomparable, Juan Antonio y Valvanera no encuentran nunca la última palabra del elogio.

A artes.

Llegó ayer por la tarde un papelito donde la hacendosa mano había escrito este lacónico decreto: «Ven mañana á Samaniego, ni antes de las cuatro, ni después de las cinco y media de la tarde.»

El mañana es hoy, querida madre... Dios vaya conmigo.

Miércoles.

Ten paciencia como la tengo yo. Voy á contar lo que me pasó ayer, cosa en verdad singular, peregrina, inesperada. Estoy triste... Pero no, no se asuste vuestra merced, señora madre. Ello no es malo; digo, es un poquito malo, sí; mas pertenece á ese género de mal sub-entendido, convencional, que forma parte de un plan dispuesto para producir mayores bienes. Mejor lo entenderá usted con la relación del caso... Pues á la hora señalada monté á caballo llevándome á Sabas, y tomamos el camino de Samaniego. Ya próximos á este ameno lugar, me

sorprendió mucho no ver lucir entre los verdes viñedos las dos sombrillas rojas de que me habló Gracia en su carta. Eran en mi pensamiento las tales sombrillas, estrellas que al Oriente de mi ventura habían de conducirme. El calor sofocaba: un motivo más para que yo no creyese que las niñas expusieran sus cabezas al sol. ¿Dónde estaban, pues? ¿Faltaban á la cita? No duró menos de diez minutos mi ansiedad. Un hombre nos salió al camino, cerca ya de las primeras casas, y señalando un grupo de árboles á la derecha, me dijo: «Allí está el ama esperándole, buen señor.» Vamos, esto me volvió el alma al cuerpo. Enteróme Sabas de que la casa cuya blancura clareaba entre el follaje de los álamos era *Majada Mayor*, propiedad de las niñas, inmensa construcción, donde tenían lagares, graneros y bodegas, corrales y otros edificios necesarios á una gran labranza y ganadería. Allá me dirigí por entre viñas lozanas, y no tardé en ver á Demetria, que en pie me esperaba guarecida del sol bajo un árbol. La emoción de verla, absorbiendo todo mi sér, impidióme reparar en el primer momento que no estaba Gracia con ella. Unos pasos más, y advertí que no estaba sola. Ví á su lado un objeto obscuro que me pareció tronco de un árbol. Otro paso, y ví que era un clérigo... No me cau-

só pena ver un sacerdote en compañía de mi presunta esposa. Parecióme que el cura alzaba ya la mano para echarnos la bendición... Pero no: lo que hacía era quitarse el sombrero para saludarme.

Me apeé sin que nadie me tuviera el estribo, y al poner el pie en tierra, Demetria se acercó á mí, y yo le besé la mano. Tan conmovido estaba, que no acerté con las expresiones apropiadas á un caso tan excepcional y á tan feliz encuentro, y no puedo asegurar qué palabras le dije ni qué palabras callé... Algunas pronunció ella... Más turbada que yo, enrojecieron sus mejillas. Dirigiéndonos los dos hacia unos troncos donde debíamos sentarnos, advertí que mi futura esposa sonreía y que se le saltaban las lágrimas. No hallo diferencia notoria entre la Demetria de ayer y la del siglo pasado, que tan largo me parece el tiempo transcurrido sin gozar de su presencia: si hay mudanza, sólo consiste en un poquito más de carnes, en mayor blancura del rostro, que antaño era más tostado del sol. Durante nuestra conversación hubo momentos en que rodeada la ví de una aureola de majestad, que me habría rendido al vasallaje si ya no lo estuviese.

Antes que yo le pidiera explicación de la ausencia de Gracia me dijo que hallándose su her-

mana enferma, se había decidido á venir sola por no condenarme al suplicio de la impaciencia, que suele convertirse en desesperación. Era esto un buen tema para romper la cortedad que á entrambos nos embargaba. Hizo ella una breve exposición del estado moral de su hermana, y por enlace natural pasó á referirme que los de Cintruénigo habían reanudado la batalla con refuerzos terribles. «Pero yo no me acobardo—me dijo:—ahora, después que nos hemos visto y podemos hablar, me atrevo con todos, y no habrá dificultad que me rinda. ¿Sabes qué clase de aliados ha traído Doña Juana Teresa para darnos la batalla? Pues en mi casa tengo de huéspedes al Ilustrísimo señor Obispo de Calahorra y al Ilustrísimo de Tarazona con todos sus familiares, y en la Rectoral se alojan los reverendísimos arcedianos de Nájera y Santo Domingo, y el abad de San Millán de la Cogulla. ¿Creerás que en mi casa se prepara un concilio? Así es, y lo que quieren es el consentimiento de Gracia, que hoy no está nada conciliadora.» Contestéle yo que á su disposición me tenía, si entraba en sus planes espantar á los reverendos más ó menos mitrados que querían meterse á gobernar familias ajenas. «No, no: por ahora hemos de andar con mucho pulso. Te necesito; pero no para eso. A los aliados

de Doña Juana Teresa les espantaré yo dentro de unos días, y para ello me basto y me sobro, sin irreverencia, quedando en muy buenas migas con la Iglesia de Dios.

—Sepa yo pronto en qué pueda ayudarte.

¿Para qué estoy aquí, para qué soy tuyo en cuerpo y alma?—le dije impaciente ya, deseando que en algo grande y difícil me ocupara.

En esto creyó la señora que se había descuidado en la presentación del clérigo que á nuestra conferencia silencioso asistía, y apresuróse á enmendar su olvido. El tal cura, alto y voluminoso, viejo, de buen color y risueño semblante, era D. Matias Baranda, tío carnal de Santiago Ibero por parte de madre, y párroco de Samaniego. Una vez presentado, retiróse el presbítero sin añadir palabra, con delicada y oportuna discreción, y nos dejó abandonaditos bajo la espesa verdura de los álamos. Sólo un perro grandullón, blanco manchado, quedó en nuestra compañía, alargando su cuello para que le acariciáramos Demetria y yo, con lo cual nos facilitaba la aproximación de nuestras manos. Fué aquél un momento de los más solemnes, de los más hermosos de mi vida. Tuve la suerte de encontrar las expresiones más sinceras, más apropiadas, más dulces para expresar á la ideal mujer mis sentimientos, que habían nacido de

la admiración, y que con el tiempo y quizás con la ausencia misma se habían elevado á las gradaciones más altas del afecto. Madrigales sin fin había dedicado yo á Demetria por escrito; pero creo que los más bellos que se me han ocurrido son las que de palabra le dije ayer. Estoy seguro de haber expresado con igual intensidad el amor y el respeto, y todos los matices delicadísimos de mi veneración ardiente por esta sin par mujer. También ella me dijo cosas muy bonitas, realzadas por la naturalidad más pura y deliciosa. Ni lo mío ni lo suyo cuento, porque estas expansiones y este hablar íntimo entre dos que se quieren, empalagan á los que están distantes. Usted puede imaginarlo, sin que yo rompa el secreto que constituye todo el encanto y dulzura de los coloquios entre enamorados. Por el tono, podría creerse que hablábamos de temas de santidad empleando los términos elementales del lenguaje místico, sin sutilezas, con efusión del alma, que también el amor tiene su *padrenuestro*, la oración más honda, más tierna y más clara.

Ocurrió al término de nuestro picoteo amoroso algo que fué para mí contrariedad grande, súbito desengaño que derramó un vaso de amargura sobre mi alegría. No sé cómo fue rodando la conversación al punto interesante de

nuestro casamiento, y yo manifesté á mi futura la seguridad de que ~~se~~ cumplirían nuestros anhelos aquella misma tarde, ó al día siguiente tempranito, pues así me lo hacía creer la presencia de aquel señor cura tan simpático. Puso Demetria una cara desconsolada, que no puedo describir. Era su desconsuelo infantil y al mismo tiempo grave. A mí se me nubló el alma cuando tal ví, y se me acabó de ennegrecer, volviéndose noche oscura, cuando los divinos labios dijeron: «¡Ay, hijo, siento decirte que hemos de esperar otro ratito! No nos casamos hoy ni mañana: aún no es tiempo, y tú convendrás conmigo en que un nuevo plantón es necesario...» Protesté... no me conformaba; se alteró un momento la placidez seráfica que había empleado en el palique de novios. «¿Qué entiendes por *otro ratito*? ¿Qué quiere decir un *nuevo plantón*? Estoy cansado ya de los ratitos, que han sido siglos de ansiedad en mi existencia, toda ella compuesta de situaciones provisionales. Ya estoy harto de plantones, pues los he llevado terribles, y uno más ¡Santo Dios! creo que me ocasionaría la muerte. Quiero ya el descanso, llegar al fin, y arrancar de mi alma la terrible expectación, que ha sido y es mi mayor martirio.» Suspiró ella muy fuerte, miró fijamente la cabeza del perro, que yo acaricié con

más gana que antes. Encontréme entre los pelos del animal la mano de Demetria, que cogí y besé, teniéndola en la mía todo el tiempo que quise. Entonces ella, con gracia suma, mirándome y lloriqueando un tantico, sonriendo para formar con las lágrimas y la sonrisa un argumento de supremo poder, me dijo: «¿Quieres apostar á que te convenzo si hablamos dos palabras más? Tú eres bueno, piensas con cordura, sabes sentir. Con una ideíta sola y un sentimiento grande voy á convencerte... ¿Por qué no hemos de pasearnos un poco? ¿No te cansas de este asiento tan duro? Vamos por este sendero adelante hasta llegar á la ermita que ves en aquella loma.»

Sí, sí: yo quería también pasear por el campo, y que en medio del verdor lozano me dijera mi dama las ideítas y los sentimientos que habían de convencerme... Mucho tenía que apretar la sabiduría de la sin par doncella para persuadirme de que no debíamos desposarnos en aquel mismo momento, ó al otro día con la fresca, lo más tarde. ¡Vaya con lo que sacaba en el instante que yo creía el más crítico de mi vida, el punto culminante de mi destino! ¿Con que más *ratitos* y más *plantones*? No, no: esto no podía ser. En aquel paseo, que habría sido encantador si en él no sintiera por nuevos peligros acechada

mi felicidad, ví un pedazo de tierra todo lleno de amapolas. ¡Qué graciosa elegancia la de aquel vestido de la madre tierra! El perrazo iba delante de nosotros; miraba hacia atrás á cada instante por ver si le seguíamos. Ví corderos blancos como la nieve, negritos ó berrendos, amarrados lejos de sus madres y balando por ellas; sentí el rumor del rebaño que bajaba de las lomas, y presencié la embestida que dió nuestro perro á dos ó tres gozquecillos que andaban por allí, y que á su parecer nos estorbaban el paso. No quería el *Serrano* (que así se llamaba) que ningún perro feo, tiñoso y vagabundo interceptase la senda que seguían sus señores. Hasta se ponía nervioso viendo á los pájaros que se posaban en el sendero, y á las personas echaba miradas iracundas, dándoles á entender que no respetaría clases ni especies zoológicas para tenernos franco el camino. Demetría me dijo, y cuando lo decía pasábamos por un segundo manchón de amapolas, más bonito aún que el primero: «¿No has alabado la resistencia mía? ¿No aseguras que tenía yo más mérito por haberme sostenido en la soledad sin ningún apoyo y casi sin esperanza? Pues si ahora te pido yo un poquito de resistencia, ¿por qué no me la concedes? No la pido sin razones, y ahora verás si esas razones pesan

ó no pesan. Quien ha esperado tanto, ¿por qué no esperará días, tal vez semanas...?

—Por Dios—dije yo,—no me hables de semanas. Déjalo en días y me conformo, muy á disgusto, por supuesto.

Replicó entonces que no sentía menos que yo el aplazamiento de nuestra unión, y que había llorado mucho aquella noche antes de determinarlo; y cuando llegamos á la ermita, y á la sombra de su blanco muro nos sentamos en una piedra, observé en su rostro expresión festiva, un si es no es burlona, y presumí que lo de las largas me lo decía *por hacerme rabiar*, con travesura infantil. Echéme á reír, diciendo: «Todo es broma... juegas conmigo...» Y ella, envolviéndome en su mirada, toda penetración y ternura, me sorprendió con esta salida: «Tú me has dicho en una de tus cartas que eras Hércules, ó que te asemejabas á Hércules en que la divinidad te había impuesto unos grandes trabajos, los cuales tenías que emprender con fe y valentía para ganar el premio de la felicidad.

—Sí que lo pensé y lo escribí; pero ya caigo en que fué mala comparación.

—No lo creo yo así. Haz el favor de recordarme, tú que eres tan sabio, cuántos fueron los trabajos del Sr. de Hércules.

—La Mitología nos dice que fueron siete; pero debo advertirte que todo lo mitológico es mentira, Demetria...

XVI

(Prosigue la carta de D. Fernando.)

—Será mentira—dijo con gracia mi futura consorte;—pero el que tales papas inventó quiso representar con ello que los grandes fines no son alcanzados por el hombre sino á fuerza de penalidades y sacrificios...

—¿Y te parece que aún no he penado yo bastante para merecer la gloria terrestre, que eres tú?

—Cállate la boca y déjame acabar. Pasemos revista á tus trabajos, á ver cómo están tus cuentas con la gloria terrestre. El primer trabajo fué cuando te lanzaste al Norte, en plena guerra, con aquel pillo de Rapella, en busca de tu novia, la diamantista; tenemos *Uno*.

—Uno,—repetí yo, que, viéndola contar por los dedos, abrí mi mano junto á la suya para llevar por duplicado la suma.

—Sigue ahora el trabajo de más mérito, el

más difícil, el más heróico, el que te ha dado celebridad en todo el mundo, la grande hazaña de sacar del cautiverio de Oñate á las niñas de Castro y traerlas á su casa... Y van *Dos*. No es flojo el *Tercero*: la osadía de entrar en Bilbao y en la propia casa de los que te birlaron la novia, y acosarles y perseguirles exigiéndoles la confesión de su infamia... Sigue después otro magnífico trabajo: el de tu madre, sostenido para recobrar su independencia y poder llamarte hijo. Este trabajo te lo apunto á tí, porque si ella era quien aparentemente lo realizaba, de tí recibía la fuerza: el Hércules eras tú... No admito discusión. Van *Cuatro*. Después viene otro trabajito, que se lo doy yo al más pintado. ¡Vaya una campaña! Por ella debieras pasar á la Historia. Tus viajes disfrazado de trajinero para tratar con Maroto las condiciones de la paz, bastarían para darte fama de sagaz y valiente. Tenemos *Cinco*. Sigue la reconciliación con Zoilo, la busca de Aura hasta llegar á verla con el niño en brazos, manteniéndote en la increíble virtud de no dejarte ver de ella, y coronando luego esta brillante hazaña con la magnanimidad de mandar al marido á su casa para que hiciera las paces con su mujer. ¡Sublime acción! Van *Seis*. Y me parece que no hay más, mi Sr. D. Fernando. Falta,